

Ak ziñoanaz anchiña anchiña,
 Isaias baten agotik.
 «Bai, etorriko dira Zugana
 Arerioen semeak
 Zure lorratsai mun egitera
 Makurrik biotz bageak
 Eta Zugana lotzen eztrab
 Naziño-Erreñu guztiak
 Desagertuko dira lurretik
 Batzuek eta besteak.»

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

Ochandion, 1903-ko Martian.

SECCION AMENA



D. APAPUCIO Y EL BASCUENCE

D. Apapucio es un hombre que siente en su pecho mucha aversión al bascuence, no sé si desde que Unamuno dijo que este iba á morirse ó un cuarto de hora antes de la confesión unamúnica. Para D. Apapucio el bascuence es un fantasma, que viene molestándonos con sus continuas apariciones desde los tiempos prehistóricos.

—Si no es porque el bascuence se metió en las obras de edificación de la torre de Babel—decía un día de mucho calor nuestro D. Apapucio,—la torre esa se levanta ó la levantan los hombres que se propusieron levantarla. ¡Vaya si la levantan! ¡Y menudas ventajas que de ello hubiera conseguido la humanidad entera *con toda su descendencia....!*

¿Pues cómo el bascuence pulo impedir la edificación de esa obra de arte?

—¡Cómo había de ser!—contestó ni que le hizo tal pregunta— ¡cómo había de ser! A los canteros y albañiles se les ocurrió hablar en bascuence, y desde aquél momento no hubo medio de arrancárseles esa lengua.... A los pintores no se les ocurrió hablar en bascuence, pero les vino en gana pedir un real de aumento en el jornal... y otros excesos; los herreros se declararon en huelga, y vino la confusión de lenguas, causa por la cual nos es difícil resolver la cuestión social y los jeroglíficos de Novejarque.

D. Apapucio explica todos los males y su origen por la intervención del bascuence. ¿Que Romanon es escojo? Pues es cojo por haber querido *andar en bascuence*. ¿Que el alcalcalde de X es sordo? Pues es sordo porque tuvo el mal gusto de oír una cencerrada que los mozos del pueblo Z le dieron *en bascuence*. ¿Que esto? ¿que lo otro? Todo por culpa del bascuence.

—Créame usted—me decía uno de estos días,—si la humanidad *está de capa caída*.., y raída, no es por otra cosa sitio porque Adán se descuidó .. (pues era la mar de *descuidao*, ¡era un Adán!), y habló algunas palabras en bascuence con aquélla taimada serpiente del paraíso... Por eso yo no voy á misa todos los días...

—Pero, D. Apapucio, ¿no sabe usted que la misa es en latín?

—Mire usted, y *déjese de tonterías*. Para mí tan bascuence, digo, tan difícil es el latín como el mismo bascuence.

—Pero...

—Espere usted. ¿Sabrá que el otro día no pude entenderme con el casero?

—¿Pues? ¿Le hablaba á usted en latín ó qué?

—No. Es que el *hombre* habla en bascuence.... y vino á pedirme la renta de la casa... El casero quería, como es natural, que yo entendiera lo que el quería decirme, pero se me hacía difícil..

Es verdad cuanto D. Apapucio dice acerca de este último punto. El casero no le pudo hacer entender (en bascuence), á pesar de que le enseñaba un duro y le iba indicando con los dedos el número de los alfonsinos que importaba la renta de la casa. Visto lo cual, por fin el casero, con mucha finura, le enseñó... el puño derecho, y le preguntó (en bascuence. por supuesto) si entendía en catalán hablando de justicias.

Entonces D. Apapucio dijo al casero que entendía, sí, algo de esta lengua, pero que ya había conseguido entenderle por señas (refirién-

dose al puño), y que, por tanto, no debía el señor casero molestarse hablando en catalán

Pagó en español al casero, y se despidió este de aquel en bascuence diciendo *agur*.

Todo lo cual sirvió para que D. Apapucio se olvidara, por unos momentos, de la confusión de lenguas y origen de la tal confusión.

Desde entonces D. Apapucio se levanta de la cama todos los días de buen humor; es decir que en los de mal humor no se levanta.

Pero así se levante con el mejor, basta que su criada, empiece á cantar en bascuence, para que D. Apapucio se ponga en disposición de tomarse cuarenta horchatas (¡tan quemado se pone!), y empiece á gritar:

—Vamos Ildefonsa; ó te vas por cuatro *amantecaos* á la horchatería de la calle del Correo, ó cambias en seguida de *tono*.

Ildefonsa, por su parte, seguiría cantando (en bascuence, se entiende), y aún llegaría a cantar *las cuarenta* á su amo; pero por fin opta por callar... y se calla

Han visto ustedes en D. Apapucio cosas muy raras ¿no es verdad? Pues aún las tiene más raras. Le pide usted dos pesetas en bascuence, y no le entiende á usted ni á tiros; le ofrece usted cuatro (no tiros, sino pesetas) en castellano, y enseguidita alargá la mano, no para pegarle, sino para recibir agradecido las cuatro *chirlas*.

Tal es D. Apapucio y hay más de cuatro que se le parecen.

PABLO DE ZAMARRIPA Y URAGA

